

OPORTUNIDAD DE NEGOCIO.

Un jueves más de tapas que habían tenido que abortar la misión por culpa de las dichas migrañas. Desde que se conocieron en la asociación, esa tarde de la semana se convertía en una intensiva jornada de libación y ágape, siempre y cuando su compañera “la cabezona”, como habían bautizado a su martirio, se lo permitiera. Si en otras ocasiones quedarse en casa se había convertido en una oda al tedio y a la dejadez física y espiritual, esta vez no sabían que gracias a esa dolencia, su vida iba a cambiar por completo...

Pulsátil e intenso. La primera vez que Luis acudió a su médico de cabecera, que tenía muy mal genio, apenas había pegado ojo. Perfeccionista como era, dedicó toda la noche a buscar los adjetivos que describieran con total exactitud esos dolores de cabeza que desde hacía más de dos semanas le atormentaban. Y dio con ellos. Se tumbó en la cama, y cuando su cabeza se disponía a hacerse uno con su nueva almohada cervical sonó el despertador. Pulsátil e intenso.

Aquel jueves, no sabía bien si era la frustración por no haberse puesto morado de pinchos o las altas temperaturas, tenía tal sentimiento de rabia que se acomodó en su sofá, cogió su click de Famobil que tenía el nombre de su neuróloga y comenzó, como en muchos otros ratos a hacerle pequeñas perrerías. En el fondo pensaba que quizá consiguiera que ella sufriera en sus generosas carnes, vía vudú, algún dolor no localizado, pero pulsátil e intenso.

- Así que otra vez has ido a la pelu, ¿verdad? ¡Creerás que estás guapa y todo!

Acto seguido le quitó la peluca morena y le colocó una rubio platino. No podía creer el efecto que tuvo. De repente, se sintió mejor que nunca y su dolor desapareció

por completo. Quitó la peluca rubia y colocó la primigenia. De nuevo el dolor en el lóbulo izquierdo, seguramente heredado de su abuelo el comunista. Repitió la operación varias veces hasta que tuvo la certeza fundada de que el rubio en su especialista le aliviaba el dolor. Le faltó tiempo para contar lo ocurrido en su grupo de guasap.

Julia un día más deseaba con todas su fuerzas que le llegara la menopausia. Otra vez la dichosa migraña post-regla le había dejado en fuera de juego. ¡Y encima no iba a poder cenar el montadito de calamares que tantas alegrías le daba! Decidió matar el tiempo repasando en su Tablet las fotos de su último viaje: una peregrinación a Lourdes con la parroquia. Allí, cuando estaban en la gruta haciendo un rato de oración, ella escuchó clara y nítidamente, sin necesidad de un Whisper XL, que la virgen le decía:

- “Los y las pacientes con migraña prefieren a su neurólogos o neurólogas rubios o rubias”

Tardó en salir de su asombro, primero por ver lo políticamente correcta que había sido utilizando los dos géneros y después por la rareza de la frase. Aquel jueves, mientras volvía a rumiar de nuevo aquellas palabras, pegó un saltó y busco en el revistero la publicación de este mes de la asociación. En este número, su neurólogo aparecía en la editorial en palabra y foto. Se fijó en él y el dolor por momentos se hizo más insoportable que nunca. Cogió un pincel fino y una tempera amarilla y le pintó el pelo. Aquella sensación de paz y tranquilidad era indescriptible, lo más parecido al cielo y al paraíso juntos que pudiera existir. Corrió a coger su móvil dispuesta a contar lo que había pasado, y se encontró con el texto de Luis.

- ¡Madre mía, madre mía! ¡Podemos estar ante algo muy grande!

Tecleó con pelos y señales, sin estúpidos emoticonos, lo que había vivido, observado y sentido.

Susana había intentado retomar el libro en el que estaba enfrascada pero era imposible. No podía quitarse de la cabeza (más grande de lo normal, por cierto) la sensación de que, un día más, alguien la apretaba las sienes con tanta fuerza que hacía que pasara de chupa-chups a cerilla de madera. Calentó la hamburguesa que le había sobrado de la cena y se sentó dispuesta a comerla, si bien no tenía mucha hambre. Se acordó de su neuróloga y empezó a jugar con el ketchup. Le puso unos ojos, una boca, unas pecas y a la hora de ponerle el pelo echó mano de la mostaza. Cada chorro que se convertía en mechón suponía un alivio para su dolor de cabeza. Terminado el peinado el malestar había desaparecido por completo. Tardó un tiempo en reaccionar, trató de engañarse pero tuvo que convencerse que efectivamente, si su especialista fuera rubia, las cosas irían mejor. Esperó a que su vecino conectara internet y con el wifi entró rápidamente al grupo de guasap. Y se encontró que lo suyo era una de las tres piezas del puzle.

Al día siguiente se reunieron en casa de Susana. Uno a uno fue relatando, con pelos y señales, lo que habían hecho y lo que habían sentido la tarde anterior. Las versiones se corroboraron por unanimidad. Hubo un largo silencio. Las lenguas descansaban pero las cabezas cavilaban. Julia rompió el hielo:

- Amigos, creo que hemos sido elegidos para algo grande. A través de nosotros se revela una verdad que puede cambiar la vida de mucha gente. Creo que seríamos egoístas si nos lo guardamos para nosotros. Compartámoslo, difundámoslo. Eso sí, es una oportunidad de negocio.

- ¿De negocio? - exclamó Luis dubitativo.

- ¡Sí, está claro! ¡Montemos una fábrica de elaboración de tinte terapéutico rubio para neurólogos y neurólogas!

La emoción embargó la sala. Eran conscientes de que estaban ante un punto de inflexión en sus vidas. Un tren que paraba a recogerlos y que no podían dejar pasar.

Los siguientes meses fueron de un duro trabajo de investigación y papeleo. Viajaron mucho llevando en su equipaje su click, su témpera amarilla y su bote de mostaza. Se establecieron en Madrid y el 1 de mayo de 2016, aprovechando el día del trabajo, salieron los primeros botes de tinte terapéutico para neurólogos “RUBIAÑA”.

El lanzamiento fue todo un éxito. En poco tiempo estaba en todas las farmacias del país y se hizo un hueco rápidamente en las casas de los neurólogos de España. Además de los pingües beneficios, comenzaron a recibir un montón de cartas de agradecimiento de mucha gente que habían conseguido dar un giro radical a su vida desde que el producto empezó a funcionar. No había radio ni televisión que no pasará su publicidad. Todas las revistas científicas del mercado dieron cabida a este avance.

Se trataba, sin lugar a duda, de un antes y un después en el campo de la neurociencia.

La nochevieja de aquel año se reunieron los tres. Compartían el esfuerzo y sobre todo la tranquilidad del trabajo bien hecho. Compartían el gozo de haber mejorado su calidad de vida y la de mucha gente. Levantaron sus copas, y al unísono entonaron su brindis:

- ¡No olviden, los y las pacientes con migraña prefieren a sus neurólogos o neurólogas rubios o rubias!